

Feijoo: el hombre y su huella

SILVERIO CERRA SUÁREZ

Seminario Metropolitano de Oviedo

Preámbulo

AL ABRIR ESTE CONJUNTO de consideraciones, expreso mi gratitud a los viejos amigos del *Instituto Feijoo del Siglo XVIII* por invitarme a esta Semana Marañón 2000, *Feijoo hoy*, organizada con fiel constancia por la Fundación Gregorio Marañón¹.

Declaro mi contento por tratar de tan egregias figuras, que hace largo tiempo me acompañan. Encontré a Feijoo ya en la antología escolar. Luego Marañón me enseñó en *Las ideas biológicas*, leída en la primera edición de 1934, un libre y generoso enfoque del feijonismo².

Hoy quiero tratar sobre Feijoo³. No lo hago en solitario, sino acompañado por quien sacó del olvido al monje en la década de 1930, la más dura del siglo XX español, que trajo cambios de régimen, revoluciones, guerra civil, dictaduras y crisis.

Cuando el país rodaba hacia el abismo, Marañón descubre a Feijoo. En él percibe, frente a la violencia de los poderes o la ceguera de las mentes, un estable dinamismo, una fidelidad no ciega sino despierta y un saber con raíz antigua, pero que alimenta frutos moder-

¹ Las consideraciones que siguen no son una historia ordenada cronológicamente, sino un conjunto de análisis sobre la persona, la obra y la repercusión. Esto implica que no estén en orden cronológico y que puedan repetirse datos según exija el contexto.

² Gregorio MARAÑÓN, *Las ideas biológicas del Padre Feijoo*, Madrid, Espasa-Calpe, 1934.

³ Silverio CERRA SUÁREZ, *Doscientos cincuenta años de bibliografía feijoniana*, Oviedo, Seminario Metropolitano, 1976. (Para la presente cuestión véanse las págs. 104-130).

nos. El médico sintió que la figura del monje irradiaba ideas y sobre todo carácter inspirador para orientar el loco camino de aquella sociedad. Lo toma como lectura amiga y frecuente. Compone sobre él más de quince escritos, editados a lo largo de unos 28 años.

¿Cómo nace esa cercanía entre dos genios tan distantes en el tiempo? Recorriendo lo exterior de sus biografías, éstas siguen caminos muy distintos. El monje hace voto de estabilidad y lo mantiene constante, pues desde 1692, cuando hace la profesión con 16 años, no cambia la forma de su existencia hasta morir en 1764. Mantiene una trayectoria vital inmutable, al menos en su curso visible, durante 72 años. Es diferente la biografía de Marañón que muestra alto número de viajes por el interior ibérico y por otros países.

El espacio y los movimientos de su paso por el mundo son diversos. Pero en el fondo de su personal realización aparecen llamativas convergencias intelectuales y morales. Ambos hubieron de superar censuras malévolas, ataques ruidosos, oposiciones tan cerradas como ignorantes. Ambos vencieron los oleajes adversos, aunque les hayan dejado alguna herida. Siempre triunfaron por la madurez de su carácter, por la altura de su creación pedagógica y cultural. Ampliar el cotejo de sus trayectorias ofrecería incontables sugerencias.

No es coincidencia casual lo que despertó la simpatía de un galeno contemporáneo hacia un monje dos siglos anterior. Más bien fue una similitud en el estilo intelectual, en el talante humano, en la proyección moral de su tarea como escritores. El médico moderno desbordó su inmenso hacer profesional para ensancharlo por los campos de la historia, del arte y del humanismo ético, sin perder jamás el polo orientador de la fe.

El monje que se alista, aún adolescente, en la esforzada milicia de San Benito, en ella persevera hasta una vejez extrema, entonces insólita. Esto, sin embargo, no le impidió desbordar la angostura del claustro. Desde tan reducido espacio su pluma, destilando vieja y nueva tinta, espantó fantasmas, abrió ventanas a la mente libre, sembró gérmenes de crecimiento y abrió caminos de progreso y elevación humana.

Los puntos de partida y el marco espacial del monje y del médico eran distintos. La empresa abierta contra la cerrazón social, los dardos agudos contra supersticiones y prejuicios, el avance heroico hacia un fin moral y humanizante de la cultura fue similar. Incluso van paralelos los medios usados hacia tan semejantes fines. Marañón nos

enseñó esto, tras sentir como ejemplo y estímulo el encuentro en planes y metas con Feijoo. Ambos coinciden en posturas y carácter, en contenido y en procedimiento. Nada importa la distancia temporal. El sanador humanista de hoy descubre al monje humano de ayer y lo percibe como ejemplo para corregir la mentalidad de todos los hispanos. Hablar de la huella actual de Feijoo en España o en América no es posible sin recordar la contribución de Don Gregorio.

Una vida que dejará huellas

La huella de Feijoo es larga y profunda, pese a las agresiones que padeció. Su influencia sobre los coetáneos, o la estela posterior que le sigue, nacen de la persona que fue y de la magna obra por él realizada. Sin olvidar el espacio-tiempo que lo enmarcó.

La posibilidad de alcanzar la meta propuesta vino de afuera. Saltó desde las necesidades, carencias y defectos que sufría la sociedad que lo rodeaba. No era posible demorar la solución adecuada. Idéntica pretensión mostraban grupos sociales y culturales volcados hacia el progreso y la mejora global. El cambio no podía apoyarse en las universidades, cerradas en formalismos arcaicos. Tampoco la nobleza de manos muertas, inerte en sus títulos y soñadas glorias, incapaz de renovar hazañas, sólo capaz de citarlas para distraer su decadente insignificancia.

Fueron estratos medios de burgueses ambiciosos, de hidalgos frustrados, de ciudadanos inquietos, que aspiraban a mejorar su estado y consolidar el futuro de sus vástagos. Emulando a los sofistas áticos, intuyeron que el ascenso deseado precisaba una dialéctica agresiva para demoler la vetustez inútil, y luego una decisión práctica y enérgica para construir con solidez nuevas estructuras que articulasen una sociedad justa y progresiva. El grupo renovador que casi siempre acompañó a nuestro monje sentía lo mismo. Y esto desde su juventud.

El medio ambiente donde Feijoo nació, se crió y estudió no era ninguna caverna oscura. Al contrario, dibujaba un paisaje abierto, suave y luminoso. Allí corrió entre árboles y huertos, respirando el aire perfumado de las flores. El hogar paterno, amplio y cálido, lo tutelaba y estimulaba. Tal suelo nutrió alimentó la raíz y sostuvo el tallo adulto en sus empresas. Es el manantial que seguirá regando la fecundidad de su esfuerzo futuro. Es el cimiento que desde su firme hondura sostiene el camino por el que habrá de avanzar imprimiendo sus huellas.

Este factor germinal, aun someramente citado, aclara los pasos aurales de su larga biografía. Son aspectos o facetas primarias, rescaldo natal que nutre y explica el posterior foco con su brillante y multicolor irradiación.

Feijoo nace el 8 de octubre de 1676 en el pazo de Casdemiro, casona rural que renquea sobre el Miño desde una planicie rocosa a dos leguas de Orense.

El entorno rural de su primera juventud le obliga a usar utensilios concretos, a manejar aperos de duro metal, a labrar con ellos madera tenaz o pesado terreno de las fincas. Fue una experiencia de trabajo y fatiga, de servicio al hogar, su primera comunidad. Asimila entonces la percepción de lo singular, la intuición crítica, tan galaica, de los trasfondos que laten bajo las apariencias triviales. La paciencia resistente nacida del esfuerzo continuo vigoriza sus fuerzas. De su estirpe arranca fortaleza, sobriedad y paciencia. Son los nutrientes de su esfuerzo en la inmensa tarea, que llevará a cabo con medios escasos. Además, la belleza austera del paisaje que envuelve su infancia deja en su sentir afecto perpetuo hacia lo natural y lo bello.

Su familia fue siempre marco impresor sobre el estilo de sus miembros. El ambiente gallego suele tender una cauta distancia ante lo que llega novedoso sin garantía previa de fiabilidad. Tal carácter étnico apenas se refleja en su hogar. Al contrario, su padre, varón sensato, ilustrado, de gran memoria para el pasado y de aguda visión para el futuro, con su palabra y ejemplo convence al niño del interés y utilidad de conocer cosas, de abrirse al mundo para asimilar los bienes del saber y del trabajo.

Su reflexión le convence de cómo es preciso que estudie aquel hijo. Le agencia un dómene en Allariz que le hará aprender las primeras letras. Cuando alcanza el exigido nivel, pasa a la escuela monástica del remoto monasterio de San Esteban de Rivas de Sil en un áspero y aislado lugar sobre los cañones cavados por el río Sil. Su inédita impresión de comer, dormir, jugar y cantar en aquel recinto eremítico seguramente le impresionó, no por la lejanía y dureza del retiro, sino por su tranquila seguridad, muy apta para la meditación y el estudio. El ascetismo ejemplar, la honda piedad de aquellos monjes ejerció sobre su ánimo inexperto una atracción que le invitaba a seguir él mismo aquel estilo de vida. Quisiera ser como ellos.

Pero Feijoo era primogénito en una línea de hidalgos rurales. Esta condición lo revestía con el derecho al mayorazgo sobre la hacienda

familiar. Fue un obstáculo cuando quiso dejar la herencia para ir al convento, pero la presión de los bienes materiales no logró que renunciase a su libre vocación. La valiente energía que mostrará en las polémicas venideras ya se esboza en este arranque juvenil.

En octubre de 1690, a los 14 años, ingresa en Samos, superando la oposición parental. Dos años después hace los votos solemnes en este cenobio al que permanecerá vinculado hasta la muerte.

Entre 1692 y 1695 estudia en los monasterios pontevedreses de El Poyo y San Salvador de Lérez. En 1695 pasa a Salamanca donde estudia una teología basada en los principios del monje San Anselmo, fundador de la escolástica, apasionado por la fuerza de las ideas y de la libertad, lo cual reforzó sin duda su incipiente confianza en el valor de la razón libre. Sus profesores más recordados fueron Juan Bautista Lardito y Antonio Pérez, de los que recibió estricta formación de contenido clásico, dotada de firme coherencia lógica. El orden sistemático no cerró su mente, sino que puso una sólida base para su ulterior expansión hacia lo universal.

Destaca entre los alumnos. Así pronto le encargan la defensa pública de unas *Assertiones* o tesis en sentido anselmiano, que hoy se pueden contemplar impresas sobre seda y puestas dentro de un marco en el salón central del pazo de Casdemiro.

El prestigio que adquiere por su buen hacer es motivo para que los superiores de la orden lo dediquen a la enseñanza. Desde 1698 hasta 1709 es profesor de jóvenes en el monasterio leonés de San Pedro de Eslonza, pasando luego a San Salvador de Lérez.

Tan pronta dedicación a la acción educativa revela las cualidades de su persona. La capacidad de esfuerzo, recibida en el hogar, se acrecienta en la disciplina y sacrificio del estudio y de la regla monástica. El ejercicio docente consolida su formación teológica y desarrolla su capacidad didáctica. En pocos años alcanzará el nivel de conocimientos y la capacidad expositiva suficientes para exponer en las aulas universitarias las tesis más altas y complejas de la doctrina teológica.

En el año 1709 es enviado como maestro de estudiantes al monasterio de San Vicente en Oviedo. Este era un colegio superior para la formación intelectual de los novicios de la Congregación de San Benito de Valladolid.

Su inteligencia es aguda; su cultura, amplia; su carácter, firme. Su larga formación se completa con los viajes anteriores. El residir en varias casas de la orden amplió sus relaciones y vivencias.

Además desde joven sus lecturas fueron largas y variadas. Asimiló en ellas inacabable documentación sobre temas coetáneos. Su formación acabó al fin siendo amplia en datos de memoria; madura para abarcar los conjuntos; sostenida por sólidos principios para deducir, analizar y aplicar criterios, no solo rigurosos, sino ante todo flexibles y útiles. Reflexionaba sobre lo real, sin divagar por la superficie de las cosas o de los hombres, atendiendo a lo que son y no a lo que deberían ser. Esto explica su profunda comprensión del medio sociocultural que le rodeaba, y su forja de proyectos para elevación del mismo hacia niveles superiores.

Los dirigentes de la orden monástica creyeron que debían dar un paso más. Le invitaron a emprender una ampliación de estudios para obtener los títulos pertinentes y así capacitarse para aspirar al ejercicio de la enseñanza universitaria. Cumplido ese requisito, podría optar a una cátedra en la universidad de Oviedo, centro fundado por el arzobispo Valdés Salas y que tuvo facultad de teología hasta el siglo XIX. A ella asistirían más tarde San Melchor de Quirós y otros clérigos notables.

Pese a que su formación y honradez le permitían esperar altos destinos, nunca buscó eso. Le ofrecieron un episcopado y la abadía general de su congregación. No era ambicioso y prefirió vivir en la estrechez de su celda donde podía estudiar y escribir sin verse impedido por otros compromisos que no fuesen de su agrado o entorpeciesen el objetivo primero de su existencia. Acertó plenamente al adoptar esta decisión. Si hubiese aceptado otras funciones más complejas y absorbentes en las estructuras dirigentes, nunca hubiera podido desarrollar la magna tarea de leer, reflexionar y escribir en la medida que lo hizo*.

Feijoo dentro de Oviedo

Las huellas que se dejan con el paso de los años suponen un suelo previo para asentar los pies sobre él y dejar la marca pertinente. En el caso que aquí tratamos tal fue el papel ejercido por la ciudad de

* Unas Relaciones enviadas al P. General de la Congregación, Fray Antonio Sarmiento, fechadas en 1723 que Marañón leyó en Samos, donde se conservaban, dicen: «Fray Benito Feijoo... Es uno de los mejores ingenios que tiene al presente la Orden... No solamente para la escolástica, pero para la expositiva me atrevo a afirmar que es de lo mejor que tiene hoy España. Es también dotado de excelentes noticias en cualquiera facultad, y al fin una habilidad a quien nada le es imposible».

Oviedo. Feijoo llega a ella con 33 años. Aquí vivirá 55. Casi no se movió, salvo dos o tres viajes a Madrid y quizá a Samos. Aquí lo encuentra la muerte.

El ambiente urbano de Oviedo era el de una ciudad pequeña y modesta, reconcentrada en su aislamiento. No carecía de cierto nivel cultural por la presencia de la universidad, del cabildo, la audiencia y varios conventos. También era el centro comercial de Asturias antes de la industrialización.

El monje ya adulto se adaptó al estilo urbano. Su origen rural no se lo impide. Oviedo trazará su límite espacial y su plataforma social e incluso cultural. Sobre la ciudad, ubicada en el centro geográfico de Asturias, fluye con ritmo creciente un río de viajeros, revistas y libros. Tal será el marco que encuadre sus conocimientos y decisiones. Aquí encuentra buenos amigos entre clérigos o seglares, como el doctor Gaspar Casal, práctico notable que acabaría en Madrid como médico de la casa real.

Feijoo llega a Oviedo el 27 de septiembre de 1709. Trae una formación muy rica para los niveles de entonces. Inmediatamente obtiene el título de licenciado. Pasa luego las pruebas pertinentes y alcanza el doctorado en teología. Cumpliendo el proyecto de la orden, se lanza al curriculum oposicional. Al fin acaba escalando todos los grados docentes. Se enfrentó a cuatro convocatorias. Siempre con resultado positivo.

El 7 de marzo de 1710 obtiene la cátedra de Santo Tomás. El 25 de octubre de 1721 asciende a Sagrada Escritura.

El 13 de junio de 1724 logra la cátedra de Vísperas de teología, desde la que se jubila en 1734. Pero no soporta la inactividad y en 1736 pide licencia al Consejo de Castilla para opositar otra vez, pese a la jubilación. Se la conceden y vuelve a enfrentarse al tribunal con éxito. Así en 1736 corona su carrera conquistando la cátedra de prima de teología, la más alta del escalafón académico, que regenta hasta 1739, cuando se retira sin vuelta.

Tiene entonces 63 años, edad respetable, pero muy avanzada para el nivel sanitario y médico de aquellos años. A Feijoo nada le detiene para seguir cultivando su actividad social y literaria. Quizá los muchos años de profesión, con intensa práctica docente, le impidan apartarse totalmente de la enseñanza y le induzcan a seguir exponiendo sus concepciones por escrito. Sabía que los libros despertaban muy superior resonancia a las palabras vertidas en el aula o en la tertulia.

Los años finales, activos y luminosos, no cesan de dar motivos para ahondar su huella. El camino para ello es el trabajo continuo, la relación directa con los demás en las frecuentes visitas que acoge, las cartas, consultas o libros que recibe. Su ánimo se mantiene despierto y activo. Las abundantes limosnas que reparte alegran su generosidad y le libran de la cerrazón resentida de tantos ancianos.

Su vejez no es senectud decrepita o decadente, sino un transcurrir sereno y luminoso. En el tomo v de las *Cartas eruditas* lo describe cordialmente. Expresa su gratitud por la vida que pudo vivir, su respeto y tolerancia hacia las novedades del momento y su comprensión hacia las diferencias que muestran los jóvenes⁵.

Logra conservar la lucidez hasta que le sobreviene la enfermedad final. En marzo de 1764, acercándose a los 88 años, sufre la última y casi la única caída en el lecho, al final de su largo y laborioso camino. Entonces pierde el habla. Logra subsistir en paz hasta el 26 de septiembre. Ese día falleció a las cuatro de la tarde. Tenía 87 años, 11 meses y 18 días, «de los cuales vivió los 74 en la religión de San Benito»⁶.

Se multiplican las solemnes exequias. Los monasterios de Oviedo y Samos, así como la catedral ovetense, expresan el afecto que les mereció y la huella profunda que su trabajo y su saber dejaban en el recuerdo de quienes lo habían conocido.

Abrazándola en su conjunto la parábola humana, religiosa y moral de Feijoo es no menos ejemplar que su trayectoria de ágil literato y pensador erudito. Con estricta disciplina vivió, cumpliendo la ordenada distribución del tiempo exigida por la regla monástica: madrugar al alba, consagrar varias horas al oficio divino, dedicar otras tantas al servicio comunal y no menos a su labor intelectual.

En su caso la gran tarea que más tiempo le absorbió fue la docencia académica en los colegios monásticos y en las cátedras de categoría creciente que desempeñó hasta culminar en la de prima en 1736. Con ella compite la increíble tarea de escritor que le ocupó desde 1725 hasta 1760, cuando cumplía 84 años de edad. No escribió sólo los catorce tomos que componen el *Teatro crítico* y las *Cartas erudi-*

⁵ «Conducta política en el estado de la senectud en orden al comercio exterior. Presenta algunos avisos a los viejos concernientes a la misma materia» (*Cartas eruditas*, v, carta 17).

⁶ Breve expresión del grave sentimiento con que el Real Colegio de San Vicente de el Orden de San Benito lamentó la muerte de el Illmo y Rmo Señor Don Fr. Benito Gerónimo y Montenegro, Salamanca, Antonio Villagordo y Alcaraz, 16 y 17 de Diciembre de 1764, p. 10.

tas, sino también otros libros de buen tamaño y escritos menores. Es increíble que una mano manejando la tinta y pluma tradicionales pudiese cubrir miles de páginas. El saber y la fatiga supuestos en tamaño resultado no podemos comprenderlos hoy. Para nosotros es deuda de reconocimiento que la huella producida por tanto esfuerzo se grave con trazo indeleble en el espíritu de quienes lo han conocido o lo hayamos leído.

Pero la huella feijoniana no es debida sólo a su saber y a sus calidades psicológicas o morales, sino también a los servicios comunitarios que desempeñó, aunque no le gustaban y varias veces logró evitar cargos que le eran ofrecidos. El ejercicio del poder, complicado y casi siempre corruptor, genera tensiones que dañan, aun sin querer. Los riesgos del mando fueron vividos por él desde el noviciado. Prefería estar lejos, pero no era capaz de rehusarlo si el superior jerárquico se lo demandaba como algo necesario. Así acabó desempeñando más cargos de los deseados, lo que descubre su entrega sacrificada a las instituciones y la confianza que merecía a los dirigentes de las mismas. Así fue abad de su propia casa, pero cuando quisieron hacerle obispo o abad de superior categoría, no lograron que aceptase.

Su renuncia a cargos de renombre es ejemplo de desprendimiento. Nunca renunció a la enseñanza, ni al coro, ni a cooperar en las labores comunitarias. No pudo renunciar a la gloria que supuso que el papa Benedicto xiv en un documento pastoral de 1749 citase tres veces las ideas de Feijoo sobre los modos de usar la música en los templos⁷. Tampoco rechazó cargos que implicasen representación en consonancia con su responsabilidad. Así en 1727 es elegido miembro de la Real Sociedad Filosófico Médica de Sevilla. En 1748 el rey Fernando vi, que le mostró ilimitada confianza y aprecio, dio una orden en persona para que fuese elegido miembro del Consejo Real. El rey mismo, ante la violenta y malévola crítica lanzada por Soto y Marne en sus *Reflexiones Crítico-Apológicas*, prohíbe en 1750 los ataques contra Feijoo por la utilidad que ve y el agrado que le causan sus obras. Lo que significaba proteger la huella útil que estaba dejando en España.

⁷ Benedicto xiv proclama el día 18 de febrero la encíclica *Annus qui*, donde exhorta a evitar los abusos en la música sagrada. En tres ocasiones cita a Feijoo recordando las ideas del monje sobre las condiciones del canto en los templos. Se dice esto en la aprobación 3ª del tomo iii de *Cartas eruditas*. Se cita también en el prólogo del tomo iv. El motivo fueron las ideas defendidas por Feijoo en el discurso 14 del tomo i del *Teatro crítico*, titulado «Música en los templos».

Tal medida fue discutida con pasión entonces y años después. El conservador Menéndez y Pelayo la rechaza⁸. En frente, el liberal Marañón⁹ la defiende como único medio de apoyar la libertad que buscaba abrirse camino frente al oscurantismo ciego y al inmovilismo inerte. Probablemente el médico liberal, apoyando el aperturismo feijooiano, defendía la libertad por la que tanto luchó en toda su vida.

Tal aspiración de libertad en el monje y en el médico revela un interesante paralelismo entre ambos. Quizá tengan también causas semejantes en el entorno político en que se formaron. Ambos pasaron por variados lugares de estudio y trataron con maestros de valía, lo que imprime en el alumno apertura, flexibilidad y amplia perspectiva. Igualmente sus lecturas fueron ricas y variadas. Mostraron, además, tendencias paralelas hacia el humanismo, la historia y las ciencias de la vida. Buscan fines semejantes en sus aspiraciones, pues se mueven por la misma causa, aunque la perciban desde perspectivas diferentes por el tiempo en que vivieron. Se trata de la situación de decadencia nacional y la inevitable entrega a la crítica social, a la reforma de las corrupciones, a la eficacia en el trabajo público. Esto debía llevarse a cabo, como proclamó alegóricamente el padre maestro¹⁰, combinando la *Idearia* con la *Solidina*, o sea, la razón pensante con la práctica actuante.

Su proyección sobre grandes espacios era inevitable. Pese a ello los dos tuvieron lugares dilectos de estancia en rincones íntimos como fueron la celda monástica y la silla junto al enfermo o el cigarral toledano. Esto no significaba aminorar o disipar su proyecto. Antes bien era un descanso que luego sostendría el esfuerzo. Es la energía cósmica, que debe concentrarse para luego proyectar su fuerza hacia horizontes universales.

Carácter de Feijoo

Según descripción atribuida a Campomanes, su trato «era ameno y cortés, salado en la conversación y agradable en sociedad. De aspecto apacible, mostraba una facilidad de explicarse de palabra

⁸ Marcelino MENÉNDEZ PELAYO, *Historia de los heterodoxos españoles*, Madrid, BAC, 1967, libro VI, cap 6, pág. 378.

⁹ Gregorio MARAÑÓN, *Las ideas biológicas de Feijoo*, Madrid, Espasa-Calpe, 1934, págs. 266-267.

¹⁰ *Teatro crítico*, v, II.

con la propiedad misma que por escrito. La vivacidad de sus ojos era un índice de la de su alma»¹¹.

Este sutil y afectuoso retrato del político tinetense describe la simpatía irradiada por el trato urbano del monje, a quien durante sus estancias juveniles en Oviedo debió conocer personalmente. Al final, su conclusión es que la gracia exterior era reflejo de la calidad interior, de la excelencia de su mente tanto en saber como en bondad. Todo ello se proyectaba en la conducta.

Este juicio, si lo hubiera expuesto con mayor amplitud, habría presentado una definición etopéyica sobre la pregunta de qué clase de hombre era Feijoo. El paralelismo entre ideas y convicciones internas con la expresión externa es quizá el motivo más convincente para explicar la huella que Feijoo produjo en los que le conocieron y que desde su generación ha sido sentida y recibida como inspiración por los médicos humanistas y por muchos ensayistas e investigadores de hoy, en quienes su persona y actitudes siguen despertando cálida admiración.

El saber de Feijoo en la mayoría de los temas que eran actuales en la primera mitad del siglo XVIII alcanzaba amplitud de asombro. Comparando con el nivel actual, los datos que circulaban hace casi trescientos años han sufrido el innegable desfase del tiempo. Sin embargo, la obra del maestro, no se redujo a una simple recolección de erudito. Antes bien, alcanzó con el esfuerzo de su mente comprensión admirable y soluciones sorprendentes, que han sido aceptadas de modo general en los siglos siguiente. Convendría repensar sus juicios sobre las cualidades de las mujeres¹², de las causas del amor y de los remedios del amor¹³, la opinión pública¹⁴, el nacionalismo ciego, hoy tan desbordado¹⁵, la herencia de los títulos nobiliarios¹⁶, el origen de

¹¹ Se trata de la *Noticia de la vida y obras del M. I. y R. P. Fr. Benito Jerónimo Feijóo y Montenegro, monje benedictino de la Congregación de España, Catedrático de Teología, jubilado de la Universidad de Oviedo, Maestro General de la Orden, del Consejo de su Majestad...* Este texto aparece anónimo como introducción al tomo 1 del *Teatro crítico* en la edición de 1765, realizada en Madrid por la Imp. Real de la Gazeta. No tiene firma, pero, se atribuye con verosimilitud al político asturiano, Pedro Rodríguez, conde de Campomanes, gran admirador de Feijoo.

¹² «Defensa de las mujeres», *Teatro crítico*, tomo 1, disc. 16.

¹³ «De las causas del Amor» y «De los remedios del Amor», *Teatro crítico*, VII, disc. 15 y 16.

¹⁴ «Voz del pueblo», *Teatro crítico*, I, disc. 1.

¹⁵ «Amor de la patria y pasión nacional», *Teatro crítico*, I, disc. 10.

¹⁶ «Valor de la nobleza», *Teatro crítico*, IV, disc. 2.

las especies¹⁷, sobre el trato a los animales¹⁸, el método para afrontar una vejez digna¹⁹ y tantos otros.

No cabrían en la pequeñez de este ensayo, ni tampoco en la vastedad de una larga tesis (mi experiencia lo ha confirmado) tantas intuiciones, audaces, escritas tan atrás, pero útiles ahora por el horizonte futurista en que fueron concebidas. Su hontanar es la fecunda imaginación de nuestro monje, cuyo sentido no ha perdido actualidad. Son marcas de su huella que rebrotan en la atención de muchos investigadores o gente interesada en la Ilustración. Destaca la curiosa pasión que hoy despierta en América, cuyo sueño de autonomía bebió en los párrafos del *Teatro crítico* o de las *Cartas eruditas* impulsos de vigor y claridad, que animaron el espíritu de la burguesía criolla.

Incluso en Estados Unidos la investigación sobre Feijoo llega a extremos curiosos, como el siguiente: En el año 2000 visitó Oviedo un profesor de Filología en la Universidad californiana de Los Ángeles buscando ampliar su colección de portadas de las ediciones. Había recogido ya más de 300 copias en bibliotecas de diversos países. Aquí amplió su colección de copias en un número inesperado por lo alto²⁰.

La huella de Feijoo llega a mostrarse en ejemplos tan curiosos como el de este buscador de portadas por las bibliotecas de medio mundo. Esto es signo de la cercanía atrayente, de la afectuosa simpatía que aún despierta tras el paso de los siglos, lo cual no depende de los datos científicos o históricos que pueda enseñarnos. Una enciclopedia traería hoy muchos más datos, suministrados por los avances de la investigación, sin embargo van tener una duración menor que la síntesis feijoniana.

El fue gran erudito para su tiempo. No importa ahora la exactitud o novedad de los datos por él recogidos, sino cómo los interpreta y aplica a la realidad humana con claridad cercana y comprensible que los intelectos con sentido común los perciben y aprovechan aún hoy día.

¹⁷ «Hallazgo de especies perdidas», «La producción de nuevas especies», *Teatro crítico*, vi, disc. 4 y 5.

¹⁸ «Si es racional el afecto de compasión respecto de los irracionales», *Cartas eruditas*, iii, carta 17.

¹⁹ «Avisos a los viejos sobre la conducta en la senectud», *Cartas eruditas*, v, carta 17.

²⁰ Se trata de D. Enrique Rodríguez Cepeda, profesor en el Department of Spanish and Portuguese de la University of California.

Esto se debe al carácter abierto de Feijoo, a su prolongado trato con gente humilde o con letrados. Era básicamente bueno y generoso. Poseyó también considerable energía, como demuestra el esfuerzo descomunal para hacer lo que hizo con el mínimo utillaje de escritorio entonces disponible. Escribió miles de páginas con una pluma de ave. Y por casuales inadvertencias que revela la escritura, es casi seguro que no le ayudaba ningún amanuense. Todo sólo.

Estos párrafos describen lo que hemos percibido analizando las expresiones perceptibles que ofrecen sus escritos o los testimonios coetáneos. Intentemos trazar una ligera descripción fenomenológica que detecte y establezca algunas líneas constantes de su personalidad. Este nivel de comprensión nos presenta los niveles medios de ella. No es la fachada exterior que la gente percibe, sino son los cimientos un tanto ocultos, pero que sostienen inmediatamente las paredes de una biografía. Feijoo proyecta una imagen que imprime en el panorama de la cultura sus huellas. Eso es lo que descubrimos en las primeras lecturas, una encrucijada común, coincidente, donde podemos relacionarnos con él.

Ahora bien las raíces profundas no están en la epidermis, que brilla ante el público. Son otras las dimensiones básicas que constituyen la personalidad nuclear de este hombre. No pretendemos alcanzar un nivel metafísico en el sentido de la idea platónica o de la esencia aristotélica. Su universal extensión perdería comprensión y resultaría vaga o difusa para la mente no avezada a lidiar con principios.

Vamos a situarnos en un estrato más cercano, en el cimiento próximo sobre el cual directamente crecen las expresiones visibles de la personalidad. No deseamos agotar el recorrido y trazar la cartografía de los veneros profundos, pues ni siquiera somos capaces de tocarla en nosotros. Lancémonos a pergeñar un esbozo. Nos ayudará a comprender mejor el temple firme y la perduración de las huellas feijonianas.

Encontramos en Feijoo una vivencia primaria de lo concreto, pero no se detiene en la inmediatez fugaz del positivismo. Su inteligencia siempre joven y su vieja experiencia en el trato con gentes diversas le lleva a percibir los trasfondos y contrastes de las cosas. Su reflexión acaba descubriendo en la pluralidad interior escalas graduales en su versatilidad que jerarquizan las posturas, las intenciones y los proyectos.

Otro aspecto basilar de su temperamento es el ser capaz y flexible para un doble tipo de actividad: uno íntimo e intenso en la clausura de su celda monacal, otro volcado al exterior en el asombroso núme-

ro de sus publicaciones, en las clases, en el culto, en la predicación y hasta en la generosidad limosnera ante los necesitados.

Un rasgo llamativo es la sensibilidad ante lo vital, manifiesta en su preocupación por la higiene y el orden, por la genética y la embriología del nacer, por la medicina del curar, por la juventud del crecer, por la senectud del concluir, por el mismo entierro ante el que le aterran posibles descuidos²¹.

Su tratamiento metodológico de los problemas humanos, particulares o colectivos, suele proceder según unos pasos que se repiten habitualmente: definir la cuestión, aclarar su origen y contexto, despertar consciencia que abarca la parábola volante entre el sentido básico del tacto y la apercepción íntima. Al final aparece la dinámica de los motores vitales que encienden los factores inmediatos de la acción. Cuando ésta se acomete, aplica recursos naturales, sin sombra de superstición o magia²². Sin embargo, nunca prescinde de un clima religioso que da sentido desde el horizonte absoluto. Lo que desea es «despojar la religión de vanas credulidades»²³. Otro aspecto es lentitud para comenzar, como si las dificultades exagerasen su cautela. Una vez comenzada la obra daba muestras de una perseverancia que crecía a través de la fatiga.

Pese a los ataques sufridos, es tolerante. Pese a las miserias, físicas y morales, es optimista. Pese al terrenalismo aplastante de las riquezas, aprecia la modernidad. Pese a la ceguedad agresiva de los instalados en el pretérito de las cenizas, prolonga y enseña los valores limpios, cuyo hilo de agua nace en el primer manantial. Pese a su devoción a las pepitas de oro que arrastra el río de la tradición auténtica, acepta y defiende hasta la vehemencia los nuevos valores ilustrados.

En conclusión se podría resumir este capítulo presentando la obra feijoniana como armónica combinación de análisis y síntesis de la cultura y la sociedad coetáneas. El método analítico va extrayendo elementos singulares del sistema escolástico en que se había formado. De la ciencia recibe otra especie de datos, no por inquisición, sino por recepción activa en enciclopedias y revistas que servían como tesoros voladores los nuevos hallazgos científicos a todo el orbe. Pero

²¹ Pueden consultarse, sobre éstos o parecidos temas: *Teatro crítico*, I, 5, 6 y 12; II, 7; V, 6; VI, 4 y 5; *Cartas eruditas*, I, 3; V, 18.

²² *Teatro crítico*, II, 5.

²³ *Cartas eruditas*, II, II.

no fue ajeno al experimento, pues llegó a tener y usar un moderno microscopio en su celda. Esta variedad de elementos singulares, filosóficos y científicos, es modelada por su esfuerzo en horizontes que integran con equilibrio y proporción la hondura y variedad del lóculo en que vivía con una admirable universalidad.

Papel histórico de Feijoo

No es el único, ni el primero, ni el más sabio, ni el investigador que desvela los misterios del mundo. Sin embargo, su efecto es enorme. No es un descubridor genial, sino un sintetizador de ideas, un intérprete de mitos, un analista de sucesos. Por eso algunos lo calificaron de periodista. Y no les falta razón, pero no es el usual comunicador que busca asistir a los hechos para difundirlos de inmediato y con el mayor impacto. Este periodismo es legítimo, pero no es duradero. La noticia que sale al amanecer es vieja al mediodía.

Feijoo no puede escribir sobre las ideas del día en que vivía, porque su libro va a tardar meses o años en salir a la calle. No puede entonces ocuparse del momento, sino de un período pasado en el que encuentra unos personajes o unos fenómenos socio-culturales que encierran un significado útil para el presente. Toma la noticia que todos ya saben y la explica o la amplía. Luego ofrece su opinión, siempre con toque de gracia, ironía o simpatía. Su vinculación reflexiva al hecho, aunque sea remoto, permite calificarlo de periodista.

Sin embargo, su elevación sobre el tiempo para elaborar una interpretación universal permite calificarlo más bien como ensayista. Quizá este título sea más verídico, porque Feijoo no busca dominar el presente encerrándolo en palabras o imágenes que duran unas horas. Al contrario, se acerca a realidades densas y duraderas. Luego las mete en libros que vencen al tiempo y actúan sobre espacios amplios. Esta metodología deja huella más honda y consistente que un diario, cuyo nombre indica lo efímero. Su obra aspira a servir de alimento a lecturas largas y reposadas. No pretende suscitar emociones inmediatas y fugaces. Busca grabar huellas persistentes en el entorno, sobre todo en la mentalidad general.

En esta perspectiva de influjo quizá sea el primero de todos los ilustrados, no digo por su fama, pero sí por sus efectos, por la hondura de la mutación que propició, por la extensión que abarcó y la duración larga que alcanzó su influjo en la América previa a la independencia y en la España liberal de finales del siglo XIX y mediados del XX.

Suele afirmarse que la huella de Feijoo se impuso por su estilo literario claro y legible frente al barroquismo de muchos historiadores y predicadores. Podemos recordar las investigaciones de Gabriel Alvarez de Toledo²⁴ o la figura literaria de fray Gerundio Esta cualidad de su prosa no es negada por nadie. Pero algunos debeladores retornan que no tiene profundidad filosófica ni científica alguna. Quizá su saber sobre las ciencias fuese en gran medida adquirido en revistas, no españolas, sino francesas que tenían gran altura. Por ello en lecturas, entonces avanzadas y calificadas, se podía adquirir un serio conocimiento científico, histórico y literario. En cuanto a la filosofía, conoció bien a clásicos como Aristóteles, San Agustín y Tomás de Aquino. De los modernos conoce y admira a Luis Vives, a través del cual encuentra a Erasmo. No le son ajenos Maquiavelo, Copérnico, Tycho Brahe, Kepler, Telesio, Campanella, Gassendi o Galileo. Habla de Francis Bacon, de Hobbes, de Harvey, de Newton, de Boyle, de Locke, de Leeuwenhoek, de Boerhave, de Malpighi, de Spinoza, de Leibniz... En su lengua leyó directamente autores franceses, desde Descartes a Fontenelle, o italianos como el también gran erudito Luis Antonio Muratori. Cuando pensamos en la lejanía y estrechez de aquel Oviedo de la primera mitad del XVIII, el asombro, ante tamaña erudición no simplemente memorística sino bien razonada, no tiene límites. Que los antifeijonianos a la violeta huyan por el foro.

Estas lecturas indujeron en el pensamiento feijoniano muchos caracteres claramente modernos, típicos incluso del iluminismo, aunque sin afectar la integridad de su fe. La apertura futurista de Feijoo empujó a ciertos agnósticos a considerar al monje, cuyo único exceso era salir paseando hasta Colloto donde tomaba un chocolate, como uno de los suyos. Es un juicio sin sentido del contexto o algo peor.

Fue el suyo racionalismo, no negativo o destructor, sino moderado y constructivo, que discurre sobre la naturaleza, la sociedad o la historia sin supersticiones, credulidades o sueños delirantes. Llevado por ese talante racional, aplicó una crítica acerada a los relatos o prácticas que viese afectados por el error o manipulados por el engaño, sobre todo si buscaban, como casi siempre, promover intereses espúreos.

²⁴ *Teatro crítico*, 1, 13 §40-48. Feijoo critica irónicamente el preformacionismo de Alvarez de Toledo, pues implicaría que todos los seres existentes ahora estarían contenidos de forma diminuta en su primer progenitor. Así toda la humanidad de la historia estaría presente en el semen de Adán.

Su visión del mundo era muy positiva, cercana y vivencial. En ella florecen expresiones frecuentes sobre la belleza de un paisaje o la utilidad de lo natural, sea inorgánico o viviente.

Este optimismo se dirige igualmente al paso del tiempo. La naturaleza no se degrada. Ni el mundo ni el hombre empeoran, sino que mejoran. No es cierto que todo tiempo pasado haya sido mejor²⁵.

Su preocupación por el hombre estima que éste no sólo es un ser bueno, sino que es el centro y fin de la creación y de la historia. Tal es la concepción que aparece ya en el relato bíblico del origen, pero antes y ahora muchos la desconocen.

Tales directrices personales permiten justificar la postura gnoseológica que los historiadores de la filosofía encuentran como más expresiva del núcleo ideológico que anima desde su fondo cordial la trayectoria de Feijoo, propia de su copioso bagaje de saberes y su generosa mente comprensiva con todo lo real. Sería tal postura un amplio eclecticismo, que primero critica, y luego acaba aceptando los aspectos buenos de lo antes opuesto. Esa cercanía que llega a una reciprocidad y correspondencia entre el pensador y su tiempo, hizo a Menéndez y Pelayo llamar al XVIII «el siglo de Feijoo»²⁶.

Otras causas que explican la huella de Feijoo en su época y en el tiempo posterior es el resultado cuantitativo de las ediciones que llevó a cabo. En primer lugar está el número de obras. Las grandes obras alcanzan la cifra de 15, publicadas a lo largo de 34 años. A ello debe añadirse la multiplicación de ediciones de todas ellas. En su vida casi no pasó año sin que saliera al mercado un producto editorial feijoniano. Después de su muerte, los 14 volúmenes del *Teatro crítico* y de las *Cartas eruditas* aún conocieron 6 ediciones de conjunto en 25 años. Las ediciones pasan de 400 y el número de ejemplares supera los 420.000, sin contar las ediciones piratas que hicieron libreros sin escrúpulos.

Esto significa lanzar sobre la sociedad una incalculable masa de libros, cada uno de ellos compuesto por unos quince ensayos. Así

²⁵ *Teatro crítico*, I, II y 12.

²⁶ Marcelino MENÉNDEZ PELAYO (*Historia de las Ideas Estéticas en España*, III, pág. 104), dice «Feijoo, varón en quien la Providencia quiso juntar las más variadas aptitudes del celo propagandista más fervoroso y la más inextinguible sed de ciencia y de doctrina, para que fuese luz y oráculo de su siglo».

multitud de temas quedan debatidos y una lluvia de ideas²⁷ cae sobre España e Hispanoamérica, con incalculable número de lectores. Este pasa del millón, según cálculos de Burriel²⁸.

Además de los lectores, entran a intensificar la huella de Feijoo gran número de participantes, como editores, libreros y otras personas que le escribían dándole datos u opiniones. Incluso tuvo importancia, al vivir en Oviedo, donde no había medios adecuados, que el cuidado de sus ediciones fuese en Madrid, donde había un plantel de grandes impresores que le sirvieron con fino esmero, destacan entre ellos Francisco del Hierro y herederos, la Imprenta Real de la Gaceta, el maestro Joaquín Ibarra, Blas Román, Benito Cosculluela y otros. En el acabado final del libro fue decisiva la intervención del Padre Martín Sarmiento, gran erudito que no sólo llevó el control y corrección de las ediciones, sino que en una ocasión defendió las ideas de Feijoo en dos tomos de puro feijonismo²⁹.

La increíble difusión prueba el interés de estas obras. Feijoo atrajo al público universal con su estilo claro y popular, con el valor formativo y sugerente de lo que ofrece. Y también con la calidad preciosa de la tipografía en casi todas las impresiones que realizó.

Además su tarea vino en el momento oportuno. Las ideas y críticas que ofrecía eran esperadas, quizá de forma inconsciente por grupos inquietos. Respondían a las necesidades del tiempo y de la nación. Su visión de progreso formuló, dio voz a lo deseado por mentes ilustradas. Acertó en los temas. Acertó en el estilo, lenguaje y forma de expresión, que entiende aún ahora todo el mundo. El público respondió con entusiasmo y aceptación, pues percibía en esas obras las mejoras y claridades que buscaba.

La oposición agresiva tuvo poco efecto. Es casi seguro que los ataques recibidos sirvieron para mayor conocimiento y difusión de sus

²⁷ El primer *Índice general alfabético de las cosas notables que contienen todas las obras del M. I Sr. D. Fr. Benito Jerónimo Feijoo*, asombroso compendio de temas feijonianos, fue realizado por José Santos. Sus minuciosas 150 páginas fueron editadas en Madrid por Antonio Sancho en 1774.

²⁸ Andrés Marcos Burriel en una carta a Mayans, escrita el 17 de septiembre de 1745, dice que a otros los han leído ciento y a Feijoo un millón.

²⁹ Fray Martín Sarmiento: *Demonstración crítico-apologética del Theatro Crítico Universal, que dio a luz el R. P. M. Fr. Benito Gerónimo Feijoo, Benedictino*, Madrid, Viuda de Francisco del Hierro, 1732, tomo I, 22 hojas y 482 páginas; tomo II, 1 hoja y 522 páginas (la suma alcanza 23 hojas y 1004 densas páginas).

libros. Por otra parte, tuvo apoyos muy eficaces: su orden monástica, influyentes amigos, burguesía crítica y progresista, incluso la Casa Real borbónica, por la que Feijoo había tomado partido, (¿agudeza de intuición o esperanza de cambio?), ya antes de concluir la Guerra de Sucesión.

El efecto fue extraordinario en la evolución mental del país. España era en la década de 1720, cuando empezó a publicar sus escritos mayores, muy distinta de lo que sería al terminar su intervención literaria en la década de 1760. La renovación fue para mejor. Pero todo se iba a torcer. En 1789 se publicó el tomo VIII del *Teatro crítico*. Ya no se editó ninguno más, cortándose el ritmo seguido hasta entonces.

Huella feijoniana: persona e historia

La existencia de Feijoo comienza bajo una fase decadente de la historia hispana. Cuando llega al uso de razón y mira alrededor, el panorama no era brillante, pues lo visible era el proceso agónico en que se extinguía la dinastía austríaca al iniciarse el siglo XVIII. Realizó sus estudios en aquellos años teniendo delante la miseria de la escasez y la violencia de la Guerra de Sucesión. La experiencia juvenil del dolor es el primer motivo para su actividad adulta. Luego criticará los errores, inercias y abusos que habían traído aquella desgracia.

Su claridad sincera y audaz hizo creíbles sus escritos. La gran difusión de éstos ejerció profundo influjo en la deseada recuperación nacional. Cuando murió en tiempos de Carlos III, el país había salido del pozo y vivía un momento de expansión económica y cultural. En esta mutación hacia el bien se aprecia la huella feijoniana. Nadie contribuyó tanto a sacudir la modorra inerte del anquilosamiento secular y a despertar una mentalidad práctica, activa y sobre todo racional.

Desde Oviedo nuestro monje fue piedra clave de la 1.^a ilustración que guía al país desde la inminente agonía final de un sistema agotado hasta la plenitud ilustrada y eficiente de Fernando VI y Carlos III, monarcas que apreciaron a Feijoo y lo honraron de varios modos. Se daban cuenta de que no era simple testigo del cambio, sino activo y positivo factor del mismo.

El ha sido la cumbre más significativa de la Ilustración. Otros poseerían superior erudición histórica, literaria o económica, pero nadie disfrutó de su capacidad para la síntesis y difusión de la inteligencia clara y de la voluntad práctica.

¿Qué huella dejaría en Asturias? Aquí su ciclo de actividad se realizó en proyección educativa sobre los jóvenes y en esfuerzo renovador del ambiente social y cultural. Nuestra región sale también del endémico atraso. Llegan nuevos cultivos; se abren carreteras; surgen enormes y sólidos edificios; empieza la minería del carbón, que da calor a los hogares y energía a la industria; se fomenta la navegación, construyendo o mejorando puertos.

Feijoo es animador entusiasta de todo progreso o mejora. Habla con sus próximos, como el médico Gaspar Casal, descubridor del *mal de la rosa* o pelagra³⁰. Su devoción a la medicina no quedó sólo en amistad, sino que ante la carencia de médicos en el Principado, él mismo atendía y aconsejaba enfermos con apoyo en sus copiosas lecturas médicas y en su sentido común.

La hondura de su huella se nota en el largo recuerdo que dejó en Oviedo. Sus dichos fueron tema de repetición secular. Recibió consultas graves y tareas de confianza. El cabildo le solicitó sermón al inaugurarse la Capilla del Rey Casto en 1717. Más tarde, cuando en 1723 un rayo destrozó la torre catedralicia, fue nuestro monje el encargado de escribir una relación para que los asturianos con posibles enviaran ayudas para el arreglo. La torre se reconstruyó.

Otra costumbre por la que nuestro erudito dejó huella cordial, fue su generosidad. Destaca en primer lugar la que guardó con Samos, su monasterio de profesión, aunque apenas vivió en él. Entonces, quizá confiando en sus donativos, se pusieron a renovar el vetusto edificio. El dinero de las ediciones del *Teatro* y de las *Cartas*, levantó los imponentes claustros. La fachada estaba a medio construir. Muere Feijoo y la fachada sigue hasta hoy igual que quedó. La huella no avanzó nada cuando él faltó.

No olvidaba a los pobres, tan abundantes sobre todo en tiempo de escasez. Cuando era de noche y la clausura impedía abrir la puerta, le daban voces desde fuera y él salía al balcón de su celda, que aún hoy cae sobre la calle de San Vicente, y les daba algo. Otra huella que se grabó por siglos en el pueblo.

³⁰ Gaspar Casal llegó a Oviedo en 1717, siendo médico de la ciudad y amigo de Feijoo. Aquí permaneció hasta 1751 cuando, quizá animado por el monje, se marchó a Madrid donde fue médico supernumerario de la Real Cámara. En Asturias escribió *Historia natural y médica del Principado de Asturias*, en que describe por vez primera la enfermedad cutánea llamada *mal de la rosa* o pelagra, editada póstuma en 1762.

Los monjes lo eligieron abad dos veces, lo que era gran fatiga por la ocupación de sus escritos y clases. Quisieron elegirle una tercera vez en Oviedo, en Samos y en San Martín de Madrid, pero rehusó. Quisieron elegirle abad general de la Congregación de San Benito de Valladolid y volvió a rehusar. En 1725 Felipe V quiso hacerle obispo en América; tampoco aceptó. Prefería dedicarse a la enseñanza y a escribir que a ejercer ningún poder.

En la universidad ejerció larga tarea con miles de clases y alumnos. Durante casi treinta años, desde, 1710 hasta 1739, regentó cuatro cátedras en el viejo caserón valdesiano, abierto en 1608 en la calle de San Francisco. Es otra huella marcada en los jóvenes alumnos con la apertura mental y la elevación moral de su docencia. A través de ellos que, al acabar se iban dispersando, su huella avanzó por España y cruzó el Atlántico para abrir las mentes de los círculos criollos y acabar dándoles consciencia de su libertad y de las posibilidades para organizar su vida política por sí mismos.

Esa huella universitaria ha rebrotado con brillantez en la Universidad actual de Oviedo. Su plataforma decisiva ha sido y sigue siendo el Instituto de Estudios del Siglo XVIII, al que da nombre y escudo. Sobre Feijoo se han publicado, sobre todo por dicho centro, numerosos libros y monografías.

Todos en Oviedo, pueblo, universidad, cabildo catedralicio reconocieron los méritos de Feijoo. Al morir le honraron con solemnísimas exequias y oraciones fúnebres interminables. Los monjes cavaron el sepulcro en la nave central de su templo de San Vicente, ante el altar mayor. A ningún otro abad dedicaron tal honor. Si los que vivieron su compañía tantos años hacen esto, significa que la huella de él conservada tenía pocas sombras.

Feijoo en los discursos, que llegan a nosotros en vuelo secular no está solo. Le siguen ayudando sus amigos. Aunque en torno a él se desarrollasen las mayores batallas literarias y científicas del iluminismo español, aunque haya sufrido el olvido romántico, ha vuelto a resurgir.

Hoy no provoca discusiones alborotadas. Al contrario, recibe aprecio con exacto y equilibrado juicio. Casi todos destacan su obra como una aportación positiva en el ascenso renovador de la ilustración hispana. Quizá otros ofrezcan un pensamiento más sistemático o una investigación más amplia. Feijoo, genio en síntesis de ideas y en expresión de las mismas, prolonga su prestigio y es aún leído, frente

al general olvido que sufrió el iluminismo hispano. La irradiación de sus posturas sigue fecunda con luz secular.

La huella feijoniana recibe sus elementos y motivos de la Ilustración europea, que es fruto de la maduración del semillero renacentista. Otro motivo para su huella es el coraje con que afronta los problemas buscando razonable solución. A esto se añade una serie de factores personales, que explican esa huella:

- 1) La herencia de la tradición latina y renacentista de su formación clásica.
- 2) La asimilación selectiva de la modernidad, que buscaba abrirse futuro en Occidente.
- 3) Su racionalidad moderada y aguda.
- 4) Su crítica no destructiva ni ególatra, sino correctora de los desvíos que cerraban el camino al progreso y a la consiguiente mejora.
- 5) El centro y fin de sus intenciones fue elevar al ser humano. Elabora una concepción de éste alta, dinámica e integradora, pues el substrato natural, estimado con realismo, debe elevarse con impulso de avance y ascenso hasta los niveles más altos de la transcendencia para salvarse a sí mismo e incluso para salvar la naturaleza.

No todo fue comprensión y aplauso. Los círculos románticos, alucinados por su mezcla de bohemia y sentimentalismo, dieron la espalda a la moderación y al sentido común de un monje.

La recuperación feijoniana se aceleró al avanzar el mundo literario hacia nuevos estilos marcados por ideas positivistas y naturalistas. En el siglo XIX su prestigio alcanza el culmen en 1876, II Centenario de su nacimiento.

Tras la recuperación de la figura y fama de Feijoo con motivo del II Centenario, viene otro período de olvido y ausencia, interrumpido por artículos puntuales en la prensa y conferencias esporádicas en ateneos y círculos intelectuales.

La llamada Generación del 27 con su gongorismo preciosista y surrealista ignoró a un autor lejano y enmarcado en sensibilidad y estilo remotos para ellos. Al fin, la oposición o la marginación no pudieron evitar un proceso de recuperación.

En los años 30 cambió la tendencia. En esta época fue Marañón un guía de mentalidades a través de sus escritos y conferencias. El

monje de Oviedo fue inspirador constante para el sentido y el tono de su obra, tan paralela con la feijoniana. Yo he recogido cerca de veinte títulos de Marañón en la bibliografía que compuse sobre Feijoo.

El paralelismo entre ambos ofrece aspectos muy sugerentes sobre cómo veían al mundo natural o al humano sus mentes, que acaban mostrando honda semejanza. En el monje y en el médico coincide un enfoque racional, natural y armónico de las cosas. Muestran inclinación al estudio de los temas humanos más complejos, como generación, sexo, enfermedad y vejez. Les apasiona descubrir y luego hurgar en las causas hondas de biografías complejas y oscuras en su trasfondo. Les enfurece la falsedad, las opiniones deformadas, los errores comunes, las supersticiones que deforman la misma religión. Marañón aclara los secretos íntimos de muchos personajes. Feijoo ataca más bien costumbres populares o creencias absurdas, pues perjudican todo hasta la religión que necesita claridad para dar culto a Dios que es luz.

Curiosidad de un erudito

La amplia erudición de Feijoo se alimentó de una lectura infatigable movida por una curiosidad sin límites. Se nutría en varios tipos de fuentes: filosofía griega de Platón y Aristóteles; medicina antigua, como Hipócrates y Galeno; literatura latina, como Cicerón, Virgilio o Plinio; Iglesia primitiva, como San Agustín o la Vulgata; escolásticos, como Tomás de Aquino; humanistas del Renacimiento como Luis Vives; científicos barrocos, como Bacon, Descartes, Newton, Gassendi o Boyle.

Pese a su aislamiento tras la cordillera cantábrica, la actualidad le llegaba a través de revistas de divulgación científica, sobre todo francesas como las *Mémoires de Trevoux*, *Journal des Savants*, o Enciclopedias como la de Moreri. En cuanto a los autores de libros se equilibran los franceses con los ingleses, pero en las revistas predominan las francesas.

Feijoo es infatigable lector. Añade, además otras fuentes de información. Era frecuente el intercambio de noticias y opiniones en la tertulia que reunía en su celda con los eruditos locales, casi todos amigos, o con otros visitantes. El cruce de cartas fue cada vez más abundante al pasar el tiempo y ser conocido en medios europeos e incluso americanos. No fueron escasas las visitas de viajeros que llegaban de las Indias y hacían escala en Oviedo para conocer y conversar con el monje.

En tales reuniones hablaban *de omni re scibili*. Para distraerse acometían ciertos experimentos con chocolate, con el microscopio o algún otro aparato científico. El aislamiento de Oviedo se compensaba con lecturas, cartas, visitas o tertulias, cuyos debates enriquecían e inspiraban la inquieta curiosidad de aquellos círculos amistosos, tan frecuentes en las pequeñas urbes.

Feijoo, polígrafo

Es un polígrafo inclasificable, que aún nos sorprende. Sus temas pueden ser tradicionales o actuales; locales, nacionales o internacionales. Pasa de Italia a Rusia, de Cangas de Narcea a China, de las Batuecas a Méjico, de Homero a Bossuet, de Hipócrates a Dorado, cuyo nombre se descubrió hace poco en la fachada del ovetense templo de San Isidoro.

Entre los contenidos frecuentes de sus ensayos se cuentan consideraciones teológicas o morales, teorías de filosofía o ciencia, fenómenos extraños de la naturaleza, gusto y sensibilidad por la medicina, personajes raros o heroicos, sucesos históricos llamativos, exploraciones geográficas o etnológicas, y, sobre todo, la urgente reforma de la pedagogía para mejorar la educación y elevar el nivel de la nación.

Se enfrenta a leyendas, astrologías, fantasmas, supersticiones, duendes, trasgos, milagros supuestos y otras creencias, así como a costumbres y rutinas. A él no le preocupa nada de todo eso, pero escribe sobre ello por los muchos que lo creen. Estos no se limitan a los ignorantes simples del vulgo popular, sino que incluyen también a petimetres del vulgo de los eruditos que exhiben ostentosa retórica para colorear su real ignorancia.

Feijoo se preocupaba por la ciencia, pero su conocimiento era limitado, sobre todo en el aspecto matemático. Sin embargo, la mayoría de sus temas encierran valor humanista o científico, tanto en el hecho como en el análisis. Podemos recordar el terremoto de Lisboa en 1755, su estima del atomismo, sus intuiciones cristalográficas, sus ideas sobre embriología, sobre origen de las razas y otras muchas que no hay espacio para contarlas. Marañón estima positivamente sus ideas biológicas y médicas y cree que ha sido un «médico frustrado».

Feijoo cita concepciones falsas para su crítica. Recoge con gusto los descubrimientos fundados y útiles. Incluso su clarividencia y su hondura le permiten anticipar realizaciones de la ciencia y de la tecnología actual.

Huellas de su trabajo

No sólo había sembrado en España, que transformó su clima mental entre el principio y el final de la actividad feijoniana. Su efecto saltó sobre el océano y contribuyó a cambios en América³¹. En los círculos ilustrados que en Méjico o el Perú preparaban su autonomía política y económica, eran lectura frecuente los ensayos de Feijoo³².

La causa de tan grande influjo es la forma y el contenido de sus ensayos. Estilo claro, dinámico y popular; temas concretos, cercanos y prácticos. Su ideal de vida sin presiones, como «libre ciudadano de la república de las letras», exigen libertad que implique la disposición de la propia existencia y libertad social y política para la sociedad por sí los caminos de su avance.

Otra causa de ese enorme influjo han sido las largas tiradas de cada edición de sus libros, y las reediciones, sorprendentes en el siglo XVIII.

Tras la muerte siguen las ediciones, pero desde 1789 cesan. ¿Fue olvidado de repente un autor antes tan popular en todos los medios? Fue otro el factor de la niebla que cayó sobre tan larga trayectoria de brillo para hundirla bajo el silencio. Las clases dominantes apenas aceptaban la voz de aquel ciudadano libre. El año, en que se publicó por última vez un tomo del *Teatro crítico* estalló la Revolución Francesa. Los sectores opuestos prohibieron la prensa libre y los libros que enseñaran a pensar por sí mismo al lector. Pronto presiones políticas subterráneas cortaron sin explicar nada el ritmo de edición de las obras de Feijoo.

Fue la reacción temblorosa de la corona y los políticos quietistas que lo vetaron y lo barrieron silenciosamente del panorama sin dejar huella. Las causas de esta sutil y cruel eliminación a finales del XVIII y durante el romanticismo, son explicables, aunque no justificables. Se trata de la mutación intelectual, social y moral sobrevenida en aquel cambio de siglo. Recordemos alguna causa:

- 1) El reaccionarismo de los conservadores frente a los avances de la revolución liberal, vista como favorecida o al menos tolerada por los feijonianos.
- 2) El miedo de las monarquías y la burguesía tras la Revolución Francesa, que amenazaba su situación de poder y privilegios. Feijoo había compuesto un discurso muy crítico sobre la nobleza.

³¹ *Teatro crítico*, 1, d. 16.

³² Silverio CERRA SUÁREZ: «Feijoo, defensor y promotor de América» en V.V. A.A., *Asturias en la Evangelización de América*, Oviedo, 1993, págs. 249-264.

Esta vio ahora la ocasión para presionar. Y los libros de Feijoo, que se editaban en Madrid, no encontraron ya ningún impresor.

- 3) El pueblo llano es inmovilista y misonista ante cualquier cambio. Prefiere la seguridad de lo conocido, pese a sus miserias. Algunos, que no se enteraron de las alabanzas de Benedicto XIV en su encíclica sobre la música, veían sus críticas como peligroso surgimiento de herejía. Esto explica que circulase en el Madrid antifrancés una copla citada por Mesonero Romanos:

*El que leyere a Fraijóo,
el que traduce francés
y el que gasta capingote,
¡Hugonote!*

Los años siguientes, el Romanticismo rebelde contra todo, no fue capaz de comprender y menos seguir el espíritu práctico y moderado de Feijoo. En la primera mitad del siglo XIX casi queda olvidado, salvo influencias en Larra. El romanticismo, idealista, dinámico, colorista y sentimental, detestaba el sentido práctico, sólido, racional y lineal del siglo anterior. No percibieron que Feijoo no era dieciochesco en arte, ni burgués en su postura sobre la sociedad o la riqueza.

Su estética no es neoclásica, sino que ofrece posturas prerrománticas al poner el «no sé qué»³³, como fuente de inspiración. Esto implica sintonía con el arte libre y espontáneo antes que llegase.

Pocos comprendieron esta apertura feijoniana y se mantuvieron pertinaces en su rechazo. Otros cambiaron radicalmente, como Menéndez y Pelayo, que primero censuró con dureza el supuesto galicismo feijoniano para acabar afirmando que Feijoo fue la mente a quien más debió la cultura hispana de la Ilustración. Llega a identificarlo con el siglo XVIII y convertirlo en fuente del Romanticismo³⁴.

Dos mujeres capitanearon el nuevo florecer del prestigio de Feijoo en el siglo XIX. Se trata de la escritora realista Emilia Pardo Bazán, que

³³ *Teatro crítico*, VI, discurso 12 sobre El «no sé qué».

³⁴ Marcelino MENÉNDEZ PELAYO. Sus citas y alusiones sobre Feijoo alcanzan una cantidad imposible de citar en este trabajo. Destacan sus obras *La Ciencia Española*, donde recupera su estima, la *Historia de los Heterodoxos Españoles*, donde la eleva, y la *Historia de las Ideas Estéticas* donde la sublima. Sus ediciones más accesibles serían la *Historia de los Heterodoxos españoles*, 2 tomos en Madrid, BAC; la *Historia de las Ideas Estéticas en España*, Madrid, CSIC, 2 tomos, 1974. También puede ser útil para un recorrido sintético la Antología general, en 2 tomos, elaborada por José María Sánchez Muniain y editada en Madrid, BAC, en 1956.

alaba la valentía de un monje reconociendo las cualidades de la mujer, a la que defiende como superior al varón en muchas ocasiones. Otra es la penalista Concepción Arenal, defensora de reformas drásticas en el derecho penal que alaba su tolerancia y lucha por la mitigación de las penas. Dos pioneras del feminismo actual quieren pagar a Feijoo su aportación a la defensa y promoción de las cualidades y derechos de la mujer. Da asombro que un monje gallego sea de los primeros feministas y que un siglo después dos feministas gallegas lo defiendan y promocionen su figura. Pero no están solas sino con otros, sobre todo, pedagogos, y algunos miembros de la Generación del 98, como Azorín.

Tras la exaltación del II Centenario, vienen años de pausa, aunque con frecuentes artículos de prensa y conferencias. Esto no se realiza sólo en Asturias o Galicia, sino también en ciudades y centros académicos europeos y americanos, incluidos los Estados Unidos.

Especialmente debemos citar un renacimiento del feijonismo en los años centrales del siglo. Aquel tiempo fue una primavera floreciente del ensayismo hispano. Entre los temas frecuentes aparecía Feijoo. Debemos citar a Marañón como el tratadista que más y mejor habló y escribió sobre el Padre Maestro.

Su eco rebrota actualmente en la obra de un pensador tan universal como Marañón. Sus ensayos tan bien medidos, o las conferencias, que entusiasmaban al auditorio con su alada retórica, llevaron al feijonismo por los caminos de la geografía hispánica. Luego, cuando tras la Guerra Civil se consolidó la universidad hispana, muchos doctorandos tomaron aspectos de las obras feijonianas para convertirlos en materia para sus tesis. Como suceso triste cabe recordar que en 1951 el monasterio de Samos sufrió un incendio que quemó la biblioteca personal de Feijoo allí depositada.

Otra recuperación fraguada a mediados del siglo XX en Oviedo ha sido la creación del IFES XVIII, en cuya puesta en marcha y mantenimiento posterior han participado destacados catedráticos y rectores. De ellos sólo recordaremos la prolongada y fructífera gestión de José Caso.

En 1964 se conmemora el II Centenario de su muerte con la celebración de una Semana de estudios sobre «Feijoo y su Siglo», que editó tres tomos con las participaciones. En 1976 se conmemoró el III Centenario de su nacimiento, con congresos en Oviedo y en Samos la abadía de su profesión.

Hoy es leído en muchas partes del mundo, más que en ediciones actuales o del XVIII a través de los textos que se presentan en diversos

portales de las redes informáticas, con miles de internautas que visitan las ventanas para leer textos feijonianos no en grueso y duradero papel como lo presentaron los impresores dieciochescos, sino en las ligeras y volátiles ondas electromagnéticas.

El ritmo de su huella

En España fue enorme al comienzo. Se aminoró tras su muerte. Durante el Romanticismo sufrió olvido. Sin embargo en América, desde mediados del siglo XVIII hasta mediados del XIX, ejerció gran influjo. Fue muy leído, contribuyendo con sus ideas al desarrollo de la conciencia autónoma. Se estima como factor intelectual decisivo del proceso que condujo a la independencia de las colonias.

En España volvió a ser apreciado y estudiado a finales XIX. En aquel momento la huella feijoniana empezó a cobrar relieve sobre todo en el campo literario.³⁵

El siglo XX ha visto a Feijoo con comprensión más amplia, con análisis más real, con generosidad más cordial. Es apreciado como una mente abierta y actual. Se leen sus obras con facilidad, se reconoce su anticipación clarividente de muchas cuestiones actuales. Se admiran sus agudas y equilibradas soluciones. Su lectura es fácil para nosotros sin tener que adaptar nuestra comprensión como sucede con muchos prosistas coetáneos o incluso posteriores.

Hoy se comprende y se estima su papel en la evolución del país, por favorecer el cambio de mentalidad y la apertura equilibrada de las conciencias. Se reconoce su influjo en la difusión del deseo de libertad e independencia en América.

La huella de Feijoo sigue viva. Crece su luz y empuje para enriquecer mentes y actitudes. Valioso servicio el propagar sus cualidades de equilibrio, moderación, crítica clara, apertura ecléctica, visión sintética que integra, energía que conoce sus límites, generosidad para dar lo que es y lo que tiene. ¿Quién pudiera con sus ideas sobre juventud, vejez, amor, libertad, mujer, educación, salud y verdad formar una lluvia que caiga sobre el mundo hasta empapararlo?³⁵

³⁵ La iluminación de los conceptos citados en este último párrafo se lograría, incluso con emoción, repasando los títulos de los tomos VII y VIII del *Teatro Crítico*.

Bibliografía

- ARENAL, Concepción: *Juicio crítico de las obras de Feijoo*, 1888.
- DELPY, Gaspar: *Feijoo et l'Esprit européen*. París, Hacchette, 1936.
- JUNCEDA AVELLO, Enrique: *El saber ginecológico del Padre Feijoo*. Oviedo, IDEA, 1964.
- LEIRÓS FERNÁNDEZ, Sara: *El Padre Feijoo. Sus ideas crítico-filosóficas*, Santiago de Compostela, 1935.
- MARAÑÓN, Gregorio: *Vocación, preparación y ambiente biológico y médico del Padre Feijoo*. Madrid, Espasa-Calpe, 1934.
- MARAÑÓN, Gregorio: *Las ideas biológicas del Padre Feijoo*. Madrid, Espasa-Calpe, 1934.
- MORAYTA, Manuel: *El Padre Feijoo y sus obras*. Valencia, 1913.
- OTERO PEDRAYO, Ramón: *El Padre Feijoo. Su vida, doctrina e influencia*. Orense, 1972.
- PARDO BAZÁN, Emilia: *Feijoo y su siglo*. La Coruña, 1888.
- PELAZ FRANCIA, Cecilio: *Menéndez Pelayo y el Padre Feijoo*. Madrid, Universidad Central, 1956.
- PÉREZ, Narciso: *El Padre Feijoo y las Ciencias Naturales*. Madrid, 1948.
- SARMIENTO, Martín: *Demonstración crítico-apologética del Theatro Crítico Universal*, 2 tomos. Madrid Vda. De Francisco del Hierro, 1732.